

Presentación

Estamos en vísperas del año 1998 en que vamos a conmemorar los 500 años de presencia evangelizadora en nuestra patria venezolana. Ciertamente tuvo “luces y sombras” como en el resto del continente; pero aquí brilló con luz propia uno de los intentos pioneros de una evangelización auténtica, pacífica, sin violencia ni despojo, por obra precisamente de lo mejor de la iglesia misionera de entonces: los dominicos, franciscanos y otros cristianos (entre ellos el clérigo Bartolomé de Las Casas) allá por las primeras décadas del siglo XVI. El tema de la misión de la Iglesia, que Pedro Trigo nos presenta, estuvo muy vivo en la teoría y la praxis misionera de esos cristianos pioneros, especialmente en el “De unico vocationis modo” del P. Las Casas.

Estamos en un trienio preparatorio a la llegada del tercer milenio, en que se nos invita a reflexionar especialmente sobre el misterio del amor de Dios que se nos ha revelado en Jesús y la fuerza de su Espíritu. Dentro de esta preparación nuestra iglesia venezolana se prepara a celebrar un Concilio Nacional, que será el primero en su historia. Ya tenemos reconocida oficialmente la primera Beata venezolana, la M. María de San José; y estamos trabajando más decididamente por la beatificación de ese laico cristiano ejemplar que se llama venerable José Gregorio Hernández, símbolo de bonhomía para tanta gente popular, más allá de nuestras fronteras. El Papa nos ha visitado un par de veces en este decenio; y ha dado luz verde a ese Concilio Nacional que estamos preparando.

En este contexto nos ha parecido oportuno hacer una reflexión teológica y pastoral sobre el momento actual de nuestra iglesia y es lo que estamos presentando en este número monográfico. Los temas de reflexión han sido más y pueden multiplicarse, evidentemente. En próximos números presentaremos algunos de ellos; pero aquí ofrecemos ya los más fundamentales, con espíritu

de abierta colaboración a esa reflexión mayor que esperamos se hará con ocasión del Concilio Nacional de la Iglesia en Venezuela.

Ponemos por delante un estudio de *Román Sánchez* sobre la Iglesia según las líneas del Concilio Vaticano II, que está a la base de ese giro eclesiológico que ha marcado decididamente toda la reflexión ulterior de este fin de siglo. Evidentemente marcó la lectura latinoamericana que se hizo sobre todo en Medellín y se confirmó en Puebla y Santo Domingo, más allá de las tensiones y suspicacias. Pero lo central de nuestra reflexión quiere ser sobre todo un pensar desde y para el presente y el futuro inmediato de nuestra iglesia.

Por eso iniciamos la reflexión con una ubicación histórica de nuestra actual situación, a partir de los años 60 o la institucionalización democrática del conjunto social. *Pedro Trigo* presenta este proceso histórico en tres fases, con un énfasis mayor en la última etapa, que llama “implantación diferenciada”; y en las tres cuestiones de fondo que se nos presentan: la del sujeto eclesial, la de la ubicación social y la de la misión eclesial en el país. Se trata de privilegiar la institución, el orden establecido, absolutizarse y administrar el depósito de la fe o bien de poner en primer plano al pueblo de Dios, encarnarse y solidarizarse con los pobres, reconocer la religión del pueblo y así llegar a ser en verdad una “iglesia de los pobres”, humanizándose y humanizando desde ellos al resto.

Si hemos de elegir por razones evangélicas y teológicas, y no por meras estrategias o eficacias misioneras, la segunda alternativa, es evidente que habrá que modificar profunda y eficazmente muchos esquemas mentales, que se traducen en lenguajes y prácticas pastorales. *Carlos Bazarra* parte de la noción conciliar de la Iglesia como sacramento universal de salvación para dilucidar en donde está hoy el pecado estructural en Venezuela y en qué consiste hoy y aquí esa sacramentalidad eclesial. Piensa que lo que existe es una “crisis de pueblo” tanto en esta pseudodemocracia establecida como en la implantación institucional de la iglesia. Por eso aboga decididamente por lo secular y sobre todo lo laical, que ha de pasar “de sector marginado a dimensión fundamental”.

Para lograr esta renovación eclesial, tal vez haya que replantearse otra vez la tarea primordial de la Iglesia en términos de misión; pero de misión en el sentido estricto de la misión apostólica, tal como se presenta en los Evangelios.

Así lo propone el *P. Trigo* en un denso artículo que es modelo de teología fundada en la Biblia. Nos hace notar que el modo de misionar expresa y realiza ya el sentido de la misión, cuyo contenido es la plenitud de la paz bíblica, y cuyo objetivo cree descubrir en la reciprocidad de dones, que es la forma de la fraternidad de los hijos de Dios. Desde esta reflexión evangélica pasa a proponer unas líneas teológico-pastorales a nuestra iglesia actual, de forma que realice ahora ese paradigma evangélico permanente, poniéndose en estado de misión. Pero de misión que prosigue el modo apostólico y los destinatarios privilegiados que son los pobres. Se nos invita a una encarnación en el pueblo y a entrar en esa reciprocidad de dones.

Finalmente, como una hermosa utopía para no dejar que la falsa pretensión de fin de la historia con el neoliberalismo imperante nos sofoque, aquí nos presenta *Felícísimo Martínez* su visión de una “Iglesia profética y confesante”. Nos dice que “diseñar un modelo de Iglesia profética es hoy tarea primera y necesaria. Necesitamos propuestas claras para saber hacia dónde dirigir nuestros pasos. ¿Cuál es la Iglesia que Dios quiere? ¿Cuál es la Iglesia que se ajusta mejor a la propuesta de Jesús? ¿Qué modelo de iglesia recoge más fielmente y canaliza con más eficacia y fidelidad la experiencia cristiana original? Hacer estas preguntas es preguntarse... por el modelo de Iglesia que debe inspirar y conducir la misión evangelizadora, la actividad pastoral, el compromiso de la Iglesia de Cristo con la humanidad.” No se trata de rechazar la iglesia actual, ni de soñar ilusiones y tomarlas por realidades; sino de poner las prioridades evangélicas y dar los pasos necesarios para que esa iglesia ideal se vaya haciendo realidad en nuestra historia.

Con este modelo de Iglesia terminamos por ahora la reflexión en voz alta y en corresponsable voz pública. Una voz humilde y esperanzada a la vez que comprometida y dispuesta a aprender de los demás, especialmente de esos destinatarios privilegiados del Reino y de la misión eclesial que son los pobres. En próximos números abordaremos algunos puntos más que por ahora no caben en estas páginas, pero que las complementan.

Eduardo Frades, C.M.F.